

## Un beneficio de doble sentido

«Si los profesores abrieran sus corazones para recibir al Espíritu, serían preparados para cooperar con él en su ministerio en favor de los estudiantes». Elena G. de White

Sandra es profesora de francés en una escuela pública de secundaria, en una zona de educación prioritaria ubicada en el norte de Martinica, una pequeña isla de cuatrocientos mil habitantes.

El director y todos los profesores del colegio habían decidido poner en marcha un proyecto bastante ambicioso a favor de los alumnos de quinto grado de secundaria, de doce y trece años, considerados casos especiales, disruptivos y desmotivados.

De hecho, la idea era centrarse en estos alumnos con dificultades dándoles lo mejor: equipos informáticos, dotaciones para salidas con fines educativos, los mejores profesores, un horario equilibrado, y apoyo financiero para todos los proyectos educativos y culturales que les conciernen. Entonces la directora le ofreció a Sandra la famosa clase que nadie más quería.

Sandra aceptó sin dudarle porque creía que toda alma es valiosa a los ojos de Dios, y que nada es imposible para él. De modo que decidió colocar a los quince estudiantes en el banco celestial.

Cada mes ponía su Fondo de Inversión en la canasta elevando una oración a Dios en la que le pedía que ablandara sus corazones y cambiara el comportamiento de esos alumnos de quinto grado.

Cuánta razón tenía Sandra al poner su confianza en Dios, pues Elena G. de White afirma lo siguiente: «Si los profesores abrieran sus corazones para recibir al Espíritu, serían preparados para cooperar con él en su

ministerio en favor de los estudiantes. Cuando se le permita actuar libremente, producirá transformaciones maravillosas» (*Recibiréis poder*, 17 de mayo).

Dios contestó las oraciones de su sierva. Cambió no solo el corazón de los alumnos, sino también el suyo propio, porque Sandra se volvió más paciente, más comprensiva y sonriente. El amor de Dios hizo su obra en ella y los alumnos lo percibieron. Sandra cuenta que un día un alumno que quería participar en la clase de francés levantó la mano y, en vez de decir «profesora», dijo espontáneamente «mamá».

Sandra sonrió y entendió que Dios estaba actuando. Los alumnos de quinto grado mejoraron mucho, aprovecharon todas las oportunidades que se les dieron y progresaron notablemente. La escuela recuperó su tranquilidad y los demás profesores también se beneficiaron de las bendiciones de esta inversión.

Sandra lleva más de veinte años enseñando, todos los años invierte en el Fondo de Inversión por sus clases y le pide a Dios que trabaje en los corazones de todos sus alumnos.

¡Con Dios hacemos grandes cosas!

---

*Jonathan Capricorne,*  
tesorero de la Unión de las Antillas  
y la Guyana Francesas.